

AÑO XXI.—NÚM. 6164

27 DE DICIEMBRE DE 1881.

REDACCION, MAYOR 24.

EL ECO DE CARTAGENA

Martes 27 de Diciembre de 1881.

LA CATEDRAL DE TOLEDO.

—0—

La impresión que ha dejado en mi alma este maravilloso edificio, me ha hecho formar una idea del sentimiento que debió poseer al primer hombre, cuando al despertarse de la nada, vió la luz de los astros derramándose en los espacios, las flores entreabiendo sus cálices, para recibir el aliento del Creador, las aves cortando con sus alas el aire, las armonías que producen los círculos de la creación, el cuadro deslumbrador que forma en sus varias manifestaciones la vida. La primera vez que el exterior de esta catedral se me apareció á mi vista era de noche: las estrellas parecían agruparse sobre sus cúpulas, la luna envolviéndola con su melancólica luz como con argentada gasa, aumentaba su grandeza: sus esculturas, idealizadas por las mechas de las dulces sombras y de los tibios rayos del astro de los poetas, parecían más bien que piedras, ideas en el instante mismo de su creación por el artista, ideas vagas que se encerraban en formas inciertas, y en la claridad de la noche dejó en mi alma como un vacío, pareciéndome que no había de corresponder el monumento á lo que en mi imaginación pintaba con sus mil colores la idea, alentada por la poesía de esas nociones, en que solemos hermosear y engrandecer unas paredes ruinosas, un árbol seco, cualquier objeto que á nuestra alma exaltada por sus ensueños ofrece la naturaleza.

Esta preocupación creció de punto cuando vi el informe exterior de la catedral á la luz de la siguiente mañana; al contemplar una torre airada, si hermosísima, pero acompañada por la pequeña y mal concluida cúpula de la capilla muzárabe, sus tres arcos góticos ornados de primorosas labores, de hermosísimas esculpturas, pero cuya armonía está completamente rota por cuerpos sobrepuestos del renacimiento, que me parecieron una blasfemia en aquel tiempo tan ortodoxo, porque esta arquitectura, con sus vuelos y molduras horizontales, mira como los dioses griegos á la tierra, mientras la arquitectura gótica se levanta como la oración cristiana á los cielos; al volver los ojos á los balaustres agenos; á la idea fundamental del tiempo; al remate del frontispicio principal, obra de este nuestro siglo, en que no resplandece la idea que animó á los fundadores de la iglesia toledana, ni á los primeros artistas que tallaron sus piedras, al sentir esa conexión que produce la falta de armonía, tan necesaria á la unidad de

nuestra inteligencia, me pareció que me había engañado y como por vicio de la edad soy algo dado á dejarme llevar de mis últimas impresiones, asaltáronme impulsos de asentir á la por mí tantas veces combatida opinión de Michelet, que da todas las grandes catedrales góticas por un solo templo de la antigua Grecia, por uno de esos rientes paganos templos, que se levantan aislados, erguidos, en una colina, rodeado de átrios y armoniosas columnas que parecen hechos de una vez, nacidos á un solo mandato del pensamiento del artista.

Y me dolí este impulso, porque yo he preferido siempre el Romancero á la Iliada; Calderón á Sófocles, la Edad Media á Grecia y Roma, y siempre he defendido, aun en los tiempos en que extasiado leía los sublimes versos del Edipo Coloneo, los cánticos de Pindaro y Virgilio, y la divina aparición de la madre de Aquiles en el primer canto de Homero, que el cristianismo es como fuente de inspiración artística, religión más rica en caudales que el antiguo paganismo.

Las bóvedas de la catedral ofrecen á mi vista un laberinto á manera de sagrado bosque, en que se quiebran los rayos del eterno sol; sus columnas, formando graciosísimos manejos, ascienden á los aires y se pierden gallardas entre las dudosas sombras, que á manera de dulce crepúsculo, se levantan del pavimento y se agrandan cuando los reflejos de la clara y centellante luz de las ventanas coronan como una aureola sus remates, las líneas de todos estos airosoísimos arcos van á unirse en un punto como las ideas, los sentimientos, las oraciones de los fieles se unen por maravillosa armonía en Dios, centro de las almas; las esculturas se levantan, representando como un poema vivo los dolores del hombre, las esperanzas y los consueños de la religión, el martirio de los que dejaron los átomos de ceniza de su cuerpo en las hogueras, pero cuyas almas rielan como una estrella fija en sus frentes, el sacrificio sublime del Creador, encerrando en nuestra limitada naturaleza su esencia divina que no cabe en la eternidad, y ofreciendo á la muerte su vida, que es alimento de la creación, y uniéndose á estas columnas, á estas bóvedas, á estos arcos, recrea mi vista la pintura, arte esencialmente cristiano, engrandecido por las inspiraciones del C. Alvario y embelesa mi oído la música que dá movimiento á estas moles de piedra, voz á sus estatuas, y sobre tantas maravillas veo la idea más viva de la catedral, las ojivas, resplandecientes de luz que cogen para hacerla tributaria del templo los vidrios matizados de mil colores, heridos por los rayos del sol

produciendo pasmosos efectos de óptica, destacando de su brillante fondo los ángeles, los doctores, las vírgenes, como si coronaran la catedral los vidrios de colores, idealización de la luz, que parece como el amanecer del eterno día de la celeste gloria.

Este es el templo de la oración cristiana. Bajo sus bóvedas, el pensamiento se sublima al cielo. Aunque la voluntad quisiera proferir una maldición, una blasfemia, se apagaría en los labios convirtiéndose en plegaria impregnada de amor y de esperanza. Me parece que veo desvanecerse la muerte, que me desposeo ante el ara santa de mi alma, la cual se pierde en el seno de Dios como la luciérnaga en los rayos del sol, como la gota de lluvia en las profundidades del Océano. Estas armonías, estos cánticos, esta poesía viviente; el olor balsámico del incienso, los colores del aire, las oraciones que vagan por los espacios, las ideas que ocultan esos mártires, esos doctores que leen la verdad absoluta en sus libros de piedra, el amor divino que centellean esas vírgenes envueltas en los arrebales del firmamento, coronadas de estrellas, y la unidad que armonizan todos estos objetos que son místicas ideas embargan el pensamiento que se recrea en la contemplación de Dios revelado por el arte.

EMILIO CASTELLAR.

LOS MARTIRES
DE LA CIVILIZACION.

Recordarán nuestros lectores que el director del «New-York Herald» en vió hace más de dos años á los mares polares un buque de vapor de 500 toneladas llamado «Jeannette.» Lo mandaba el capitán Long, de la marina americana, y lo tripulaban marinos que habían tomado parte en otras expediciones árticas.

La «Jeannette» partió de San Francisco el día 8 de Julio de 1879 y las últimas noticias que de él se tuvieron no pasaban del 3 Setiembre del mismo año, día en que fué visto por un barco ballenero, en dirección á la tierra de Wrangel. Desde entonces se perdió todo rastro de la «Jeannette.»

Durante el verano de 1880 el gobierno de los Estados Unidos envió un buque, en su busca, y en Junio último hizo partir otros dos con el mismo objeto pasando por el estrecho de Behring. Aun cuando llegaron á latitud muy elevada, no dieron con el buque perdido ni advirtieron señal alguna de su paso. Solamente Nordenkiöld menciona en la relación de su viaje que los esquimales habían visto un vapor que marchaba hacia el Este y que acase fuera el «Jeannette.»

Hoy se tienen ya noticias de los

tripulantes de la «Jeannette.» El general Ignatieff, ministro de Rusia, ha recibido de Irkutsk el siguiente despacho fechado á 30 de Setiembre:

«El gobernador de Yakutsk me participa que el 13 de setiembre tres indígenas de Figana en el cabo Bartlett á 150 varas al Norte del cabo Bikoff y en la embocadura del Lena, han hallado un buque con once extranjeros procedentes del buque naufrago la «Jeannette» Estos naufragos han sufrido mucho.

«El segundo jefe de distrito ha recibido orden de acudir inmediatamente en su auxilio con un médico y medicinas de traerles á Yakutsk y de buscar á los demás naufragos.»

El ingeniero Melville que es de los naufragos de la «Jeannette» ha enviado telegramas al director del «New-York Herald» que se encuentra en Londres, al secretario del almirantazgo americano y al ministro de los Estados-Unidos en San Petersburgo. En ellos anuncia que la «Jeannette» fué aplastado por los hielos el 20 de Junio á las 77° de latitud y 157° de longitud oriental.

Los naufragos abandonaron el vapor en tres botes, que se dispersaron á las 50 millas del Lena á causa de vientos violentísimos. El bote número 3, bajo su inmediato mando, llegó el 29 de setiembre á la embocadura oriental del Lena, y allí quedó detenido por los hielos cerca del caserío de Bolonenga.

El bote núm. 1 llegó también el 29 de octubre á Bolonenga, y por sus tripulantes se supo que el teniente Long, el doctor Ambler y otros 12 naufragos había desembarcado en la embocadura Norte del Lena, donde se encontraban reducidos á la última extremidad, teniendo muchos de ellos los brazos y piernas hielos.

Inmediatamente se envió una expedición en busca de estos desgraciados. Del bote núm. 2 no se tienen noticias.

En el despacho al director del «New-York Herald» Mr. Melville le pide que envíe por telégrafo el dinero necesario para los gastos más urgentes, pues los naufragos carecen de todo.

El ferro-carril que se construyó en 5 de Setiembre último para conducir al Presidente Garfield á Longbranch, es indudablemente hasta la fecha el que se ha construido con mayor rapidez.

Esta línea, que partía de Elberon donde bifurcaba con la línea principal de New-Jersey estaba proyectada y un kilómetro construido.

A las tres de la tarde comenzaron los trabajos doce obreros, cada tren que llegaba después traía nuevas br